

EL DISCRETO ENCANTO DE LA DEMOCRACIA

Carlos M. CÁRCOVA¹

SUMARIO: I. *Preliminar*. II. *Acerca del fin de la historia y el triunfo del neoconservadurismo*. III. *Las discusiones de la izquierda teórica, acerca de la naturaleza de un proyecto alternativo*.

I. PRELIMINAR

Los episodios ocurridos en el Este europeo entre 1989 y 1991 no sólo implicaron la caída del llamado socialismo real y, con ello, el fracaso del modelo societal constituido por la Revolución Rusa —el mayor movimiento de masas de la historia moderna— sino además, unas consecuencias de naturaleza económica, política y cultural de escala planetaria, todavía en proceso, cuya evaluación se muestra especialmente compleja.

Al amparo de lo que algunos científicos políticos han mencionado como “*el efecto 89*” surgieron interpretaciones inmediateistas, de uno y otro signo, que han probado ser notoriamente insuficientes. Ni el entusiasmo apresurado de los sectores ultraconservadores, que decretaron “*el fin de la historia*” y el triunfo en definitiva de sus ideales (o de sus intereses), ni el desencantado nihilismo en que recayeron amplios sectores progresistas, parecen, unos años después, seriamente justificados.

Lo que sí está claro, es que la lógica bipolar o bidimensional, para entender el mundo que vivimos y conjeturar acerca del que se avecina, ya no sirve; que estamos en medio de un proceso extremadamente fluido de cambios políticos, económicos, tecnológicos y culturales que demandan nuevas categorías de análisis y el abandono de ciertos reduccionismos, tradicionales de la teoría política. En el propio nivel semántico se ha producido una especie de obsolescencia de los términos que empleábamos, con claridad, hasta hace poco tiempo. En Rusia, los stalinistas son ahora los “*conservadores*” y “*socialismo*” parece ser, en la Europa Occidental, sinónimo de corrupción estatal.

¹ Universidad Nacional de Buenos Aires.

Entre tanta confusión, unos pocos sectores concentrados, de un sistema mundial cada vez más interdependiente, obtienen “*megaganancias*” y con ello “*megapoder*”, en detrimento de las grandes masas, progresivamente más carentes y marginalizadas.

Sin embargo, no creo que la situación descrita no pueda revertirse y que la sociedad por venir, esté condenada a la violencia y la discriminación social, racial, sexual, etcétera en la medida descrita por las descarnadas fantasías anticipatorias de ciencia ficción.

Sigo creyendo que será un ser humano y no un “*replicante*” quien eche a volar la paloma blanca.

Fiel a esta convicción, me propongo en estas notas, en primer término, un breve análisis crítico de algunos de los tópicos generados por el “*efecto 89*”. En segundo término, un análisis, también breve, de aquellos aspectos en los que, pensadores progresistas de diverso origen, parecen coincidir, al tiempo de diagramar las alternativas de una democracia incluyente.²

II. ACERCA DEL FIN DE LA HISTORIA Y EL TRIUNFO DEL NEOCONSERVADURISMO

II.1. La implosión del sistema soviético, producida al tiempo en que, paralelamente, se substanciaba la crisis del *welfarestate* y se desplegaban las políticas neoconservadoras, condujo al pensamiento de derechas a un rápido optimismo que, en su versión mas desmesurada, decretaba el fin de la historia y la aceptación universal del único modelo capaz de ofrecer eficiencia y gobernabilidad, valores éstos que no había más remedio que proferir a los de un igualitarismo sin libertad que se había mostrado incapaz de sostener su competencia con el capitalismo y, a los de un distribucionismo estatalista cuya crisis económica y financiera se asociaba a la interferencia, contranatura, en la esfera del mercado.

Con apoyo de las concepciones económico-filosóficas de F.Von Hayek y de Milton Fridman, el pensamiento neoconservador se tornó modélico con la política de Margaret Thatcher en Inglaterra y de Ronald Reagan en Estados Unidos; proyectando su influencia no sólo sobre América Latina y otras regiones del Tercer Mundo, sino también sobre las evolucionadas socialdemo-

² Por democracia incluyente entendemos aquella capaz de hacerse cargo no sólo de las demandas de libertad, sino también de las de igualdad.

cracias europeas. Pero, ¿qué queda hoy como saldo de aquella política aplicada con salvaje ortodoxia?

Cualquier cosa menos éxito. El propio John Major, antiguo ministro y colaborador estrecho de Margeret Thatcher, en su calidad hoy de Premier del Reino Unido, anatematiza la política de su predecesora, que ha producido efectos deletéreos no sólo en orden a lo social y cultural, sino también en relación con una economía empobrecida, desindustrializada, etcétera.

En Estados Unidos el diseño económico impuesto por Reagan a partir de 1980, ha comprometido ostensiblemente la supremacía internacional de ese país, en función de los grandes deterioros que causó al sistema productivo la llamada "*revolución conservadora*". La deuda pública ha alcanzado la cifra de US\$ 4 billones que equivale al 80% del producto bruto interno. El déficit del presupuesto federal ronda los 1000 millones de dólares por día, esto es, 350.000 millones de dólares al año. Los avales y garantías del gobierno, otorgados por diversos emprendimientos federales ascienden a poco menos de 6 billones de dólares, que en una parte considerable deberán ser afrontados por el presupuesto político, debido a las falencias (quiebras) empresariales.

Sin considerar los mencionados avales, el nivel de endeudamiento total del país alcanza los 12 billones de dólares, lo que proyecta una sombra peligrosa sobre el sistema bancario por la eventual insolvencia de sus carteras.

A esto se suma el desmoronamiento de los valores inmobiliarios y consiguientemente del respaldo que poseían las entidades que los habían tomado en garantía; y lo que es más perverso, descapitaliza de manera violenta a las familias que creyeron que, en aquellos, estaba asegurada la cobertura de su vejez. El índice de pobreza abarca a un 14 % de la población.

Paradójicamente el crecimiento de la pobreza se produjo en el mayor esplendor de las "*reaganomics*", cuando la economía mostraba crecimientos considerables y provocaba la admiración de muchos economistas de occidente. Sin embargo, ese éxito fugaz, acentuó la regresividad en la distribución del ingreso, con una caída del salario del 9% durante los períodos Reagan-Busch, al tiempo que crecían exponencialmente las actividades especulativas y caía la eficiencia industrial.

Dice Lester Thorow, que la familia media norteamericana nunca ahorró menos que a partir de 1980, que la inversión industrial fue menor que la de la década anterior, mientras que la correspondiente a la infraestructura pública disminuyó a la mitad, en similar comparación, siendo el rubro "*educación*" el más afectado.

Paul Samuelson, afirmó que la derecha republicana se tornó una verdadera amenaza para los derechos de un gran número de norteamericanos, que no

comparten las convicciones de los “*fundamentalistas del mercado*”. Para Robert Reich, uno de los asesores económicos de Bill Clinton la ventaja comparativa de Japón o Alemania en relación con Estados Unidos consiste en que son naciones en que se ejercita la solidaridad interna y agrega textualmente:

Los Estados Unidos están creando una nación del tercer mundo dentro de sus propias fronteras (30.000.000 de personas) que crece a un ritmo más vertiginoso que la deuda nacional. Al mismo tiempo, los pocos beneficiarios del sistema precisan esconderse dentro de comunidades “cercadas” y la clase media se achica... Se trata de dos economías sólo tangencialmente conectadas, una que reside en las torres de las corporaciones y la otra en la calle. El desafío que nos aguarda —agrega— no es el de la competitividad, es el de mantener una sociedad coherente.³

II.2. No son sólo los “*liberals*” norteamericanos los que piensan de este modo. A mediados de agosto de 1992, la *Reserva Federal* reunió a un grupo selecto de economistas que diez años atrás habían sido los autores del programa que se conoció como las “*reaganomics*”. Sus conclusiones fueron contundentes. Esa política había fracasado en relación con las economías que ostentaban mayor crecimiento y mayor eficiencia, es decir, las de Japón y Alemania Occidental. Y ello se debía a que estas últimas, habían comprendido que el factor más dinámico del crecimiento es el hombre y no el capital, lo que exige políticas firmes de protección de la salud, diversificada oferta educativa y protección laboral.⁴

° En un sentido similar se pronunció el cónclave de Davos (Suiza) en su edición de 1993, animado entre otros, por el ya citado Thurow, Takeo Morita, Fred Bentsen y el mismísimo Ilya Prigogyn.⁵

Si las consecuencias de las políticas de ajuste fueron las descritas en los países centrales, qué decir de las que recayeron sobre los países periféricos?

II.3. Las crisis que asuelan América Latina constituyen un testimonio por conocido no menos dramático. Describirlas sería seguramente sobreabundante. Sin embargo, parece útil escuchar las opiniones que en relación con el sub-continente y su comprometida estabilidad político-económica, expresa Abraham Lowenthal en un ensayo de próxima aparición en la influyente revista especiali-

³ La cita y los datos están tomados del *Reporte* de enero de 1993 publicado por Banco del Buen Ayre, Buenos Aires.

⁴ Malkin, Lawrence, *International Herald Tribune*, reproducido en *Ambito Financiero*, Buenos Aires, 1 de septiembre de 1992.

⁵ Diario *Clarín*, Buenos Aires, 3 de marzo de 1993.

zada “*Foreign Affairs*” cuyos adelantos fueron publicados en exclusiva en Buenos Aires.⁶

Dice el Director del Centro para Estudios Internacionales de la Universidad de California del Sur:

Es difícil, si no imposible que los gobiernos (de América Latina) mantengan el apoyo popular, para reformas que enriquecen a unos pocos privilegiados sin brindar promesas creíbles de prosperidad... La larga caída secular de la Argentina parece haberse detenido, aunque a un enorme costo para millones de pobres y de la clase media. Pero una moneda muy sobrevaluada, un balance comercial que empeora drásticamente y señales de presiones inflacionarias provocan dudas sobre los avances realizados... Para los pobres de América Latina la década del 90 es literalmente el tiempo del cólera y también de tuberculosis, malaria y otras enfermedades infecciosas. Millones de niños vagan por las calles pidiendo limosna. Muchos se vuelcan al crimen insignificante o al tráfico de droga para sobrevivir. Aquellos que son afortunados y pueden terminar estudios secundarios o universitarios, se encuentran luego con que no hay empleos decentes disponibles...

Y agrega el investigador citado:

En muchos países de Latinoamérica, la cuestión social ha alcanzado dimensiones críticas. La violencia urbana y rural está creciendo, y a menudo es brutalmente reprimida en forma que termina alimentando un aumento mayor. La penetrante caída social se refleja en prácticas horribles como secuestrar para pedir rescate y la venta o asesinato de niños. Estas siniestras realidades reflejan —y a su vez alimentan— el alto grado de frustración y alienación más penosamente evidente en Perú, pero palpable en muchos países de América Latina. La emigración florece, incluso en países como Brasil, donde no había ocurrido antes, movimientos insurgentes y milenaristas están ganando fuerza, igual que sectas religiosas evangélicas. Todas estas condiciones hacen a la volatilidad y no al progreso firme y seguro.

El panorama descrito es elocuente y muestra que las políticas de ajuste aplicadas en la década del 80 en las economías capitalistas, lejos de ser eficientes en términos de crecimiento global y de mejores condiciones de vida, han tenido efectos devastadores: desindustrialización, deterioro productivo y tecnológico, crisis social, desigualación creciente, etcétera.

II.4. Pese a estas evidencias algunos sectores ultraconservadores persisten en reivindicar el modelo, no ya por haber sido sus exclusivos beneficiarios

⁶ *Página 12*, Buenos Aires, 7 de febrero de 1993.

—cosa que prefieren disimular— sino bajo el argumento de que las rígidas políticas del binomio Thatcher/Reagan, habrían sido la causa eficiente de la derrota del comunismo en el Este europeo.

Este lugar común de ese razonamiento, es también falso, como lo han probado recientes ensayos. Daniel Deudney y John Ikenberry son profesores de Ciencia Política en la Universidad de Pennsylvania y en la de Princeton, respectivamente. En un reciente ensayo que ambos suscriben, publicado en la influyente "*Foreign Policy*"⁷ sostienen que la causa del resultado final de la Guerra Fría radicó en el fracaso del sistema soviético y no en el dogmatismo militar e ideológico de Reagan durante el decenio de los 80. La política de este último, fue ambigua y contradictoria. Su retórica del "*Imperio del Mal*" fue acompañada por un vigoroso movimiento antinuclear. Según sus biógrafos (Lou Cannon del *Washington Post*, por ejemplo). Reagan, a diferencia de muchos hombres de su administración, era sinceramente abolicionista en materia nuclear. Sus fuertes convicciones antinucleares expresadas en 1985 en la cumbre de Ginebra, convencieron a Gorbachov de que era posible trabajar en conjunto para detener la carrera armamentista.

Según nuestros autores el antinuclearismo de Ronald Reagan fue más importante que la acumulación de fuerzas militares de su administración a los fines de precipitar el fin de la Guerra Fría. Y ello quedó reflejado en el Tratado suscrito en 1987 sobre Fuerzas Nucleares de Mediano Alcance.

Si en el plano de los discursos, la administración republicana era amenazante, en el plano de los hechos, su conducta fue tan confusa como ciertos intereses económicos que defendía, le reclamaban. El embargo de granos impuesto por la administración Carter, después de la invasión soviética a Afganistán en 1979, fue levantado para atender los reclamos de los granjeros del Medio Oeste. Escasa fue la presión de Reagan frente a la intención soviética de prohibir el movimiento "Solidaridad" en Polonia, en buena medida por el temor de los banqueros occidentales de que los préstamos multimillonarios dirigidos a ese país, no fueran atendidos. A despecho de la oposición de Estados Unidos, los aliados de la OTAN concretaron la realización del gasoducto que conectaba la URSS con Europa Occidental, lo que prueba que la línea dura no se aplicaba, en todo caso, con generalizada eficacia.

En el aspecto ideológico lo que golpeó la visión soviética no fueron tanto los principios liberales abstractos sino el modo de vida occidental, es decir las manifestaciones materiales y culturales de las libertades de Occidente. Y ello

⁷ Reproducido en *Cuenta Cultura*, Buenos Aires, marzo 1993, núm. 7.

constituye una ironía profunda porque la derecha conservadora de Estados Unidos luchaba denodadamente contra esas formas culturales que lograban aceptación global. Afirman los autores que venimos comentando:

Los contrastes ideológicos más potentes de Lenin, fueron John Lennon y Paul Mc Cartney y no Adam Smith o Thomas Jefferson. La derecha republicana peleó una guerra en dos frentes: el comunismo en el exterior y el hedonismo y el consumismo en casa. Si no hubiera perdido la segunda de estas batallas, Occidente podría no haber ganado la otra.

Si por una parte existieron sectores occidentales agresivos, también existieron otros sectores dispuestos a un diálogo confiado con la URSS. Sobre temas como desnuclearización, nuevas instituciones internacionales, preservación ideológica, etcétera. Es conocido el contacto de algunos asesores de Gorbachov (como Georguei Suajazarov, Presidente de la Academia de Ciencias Políticas) con los globalistas occidentales, particularmente los reunidos en el World Order Models Project) (Proyecto de Modelos Para el Orden Mundial). Para los autores que comentamos, la Guerra Fría no terminó por la capitulación soviética ante el anticomunismo de Reagan, sino más bien por el apoyo soviético a los temas globalistas promovidos por una red de internacionalistas liberales, y por la creciente superioridad del sistema económico occidental.

Pero las elites soviéticas comprometidas con los cambios miraban con mayor atracción a la socialdemocracia europea que al capitalismo salvaje de los Estados Unidos, convencidas y con razón de que la pujanza económica y la estabilidad eran tributarias de dos décadas de intervención keynesiana y gubernamental, con la que la derecha confrontó permanentemente.

El compromiso y la interdependencia, más que la política de “*contención*” fueron las tendencias dominantes de la era. La recíproca vulnerabilidad y no la fuerza guió la política de seguridad. La reconciliación y la integración y no la confrontación, fueron los factores externos que promovieron asociados a los internos, los cambios en el Este.

II.5. Y bien, si las argumentaciones precedentes hubieran resultado convenientes, podría afirmarse que el optimismo conservador frente al proceso de caída del mundo comunista, fué prematuro y que lejos de haber sido la doctrina o las políticas del “*fundamentalismo mercatorio*”, las que lo confrontaron con eficacia, fueron más bien, los modelos de un capitalismo con “*rostro humano*”, de un capitalismo en el que el capital y el trabajo exhibían un compromiso sustancial en materia de crecimiento y distribución, de

ese capitalismo que Michel Albert denominó "*capitalismo renano*". (Conf. "Capitalismo vs. Capitalismo").

Más complicado, supongo, será probar que el desaliento de la izquierda también fue prematuro, porque no hay dudas de que los episodios del bienio 89-91 fueron, como dice Francis Weffort, el terremoto más serio que aquella sufrió, en toda su historia.

Sería necio negar que el marxismo, como doctrina de la transformación histórica de la sociedad, en caso de sobrevivir, deberá desechar, en una verdadera epopeya dialéctica (es decir metódica) buena parte de sus topos tradicionales y que el leninismo y no sólo el stalinismo, han representado un fracaso y una trágica frustración.

Pero, ¿implicará ésto la renuncia a toda intervención teleológica de la acción humana? ¿Implicará la imposibilidad del género, de construir su futuro, deliberadamente?

Habrá que aceptar una racionalidad sistémica, que opera como suerte de darwinismo social, guiado por la lógica del par costo-beneficio?

En esta segunda parte intentaré probar que aun son bastantes, los que confían en las posibilidades de un modelo alternativo que sintetice valores de libertad e igualdad y que esa confianza, no es irracional ni antojadiza.

III. LAS DISCUSIONES DE LA IZQUIERDA TEÓRICA, ACERCA DE LA NATURALEZA DE UN PROYECTO ALTERNATIVO

III.1. Parece bastante claro que si el socialismo real ha fracasado, el capitalismo real tampoco ha sido exitoso en resolver los graves problemas que aquejan a la humanidad y que un productivismo hipertrofiado, que se halla en la base misma de funcionamiento de su filosofía, ha terminado por poner en crisis el propio equilibrio eco-sistémico.

Por otra parte, sólo la estrategia de la Guerra Fría justificó, en su momento, la pueril simplificación que supuso hablar del capitalismo en términos genéricos, bajo la idea de que las realidades aludidas guardaban algún isomorfismo. No sólo es preciso ahora, distinguir, como ya lo hizo el citado Michel Albert, entre el modelo sajón y el modelo renano o del Benelux (que incluye, por afinidad, al japonés). Es imprescindible advertir que distintas formaciones sociales, a las que es posible caracterizar como capitalistas sólo por la predominancia de una economía mercantil, están constituidas sobre la base de rasgos propios, de características peculiares, de idiosincrasias, que las muestran como marcadamente heterogéneas. ¿Será preciso recordar la atención prestada por todos los economistas, a la cultura y las religiones orientales como fuentes de

una disciplina social, a la que se atribuye, en buena medida, el prodigioso desarrollo de Japón y de otras economías del sudeste asiático?

¿Sería necesario insistir en que hubo históricamente diversas vías de acceso a la modernidad y con ello, muy diversas articulaciones de tipo liberal burguesas en las que, sistemas económicos y políticos se combinaron de muy diferente modo, generando a la vez, formaciones sociales igualmente diferentes?

Göran Therborn, por ejemplo, reconoce una vía europea, marcada por la contradicción progreso-reacción y sustanciada a través de guerras civiles; una vía propia de los “nuevos mundos” (Las Américas, Australia, etcétera.) signadas por las guerras de la independencia y caracterizadas por ciertos sincretismos ideológicos; una vía que corresponde a aquellas zonas que perduraron por más tiempo bajo égidas coloniales (Noroeste de África, hasta Indonesia y Nueva Guinea), donde se trató de incorporar una modernidad ajena e integrarla en una sociedad traumatizada por la dependencia; y por último, una cuarta vía, la de los tradicionalismos no europeos renovados —desafiados pero nunca colonizados— y, finalmente modernizados, entre los que menciona Japón, China, Irán, etcétera.⁸

En resumen, el mundo que llamamos capitalista es una globalidad heterogénea de historias y culturas, en las que planificación y mercado, libertad y dictadura, integración y marginalidad, democracia y autocracia se combinan en cambiantes y sorpresivas proporciones. Lo expuesto no excluye el reconocimiento y el peso determinante de las hegemonías que lo estructuran a escala planetaria, pero resulta útil para pensar de qué manera una democracia social post-comunista, podría constituirse, qué valores conservaría y qué otros habría de incluir en el proyecto, como demandas de nuevo tipo.

III.2. El pensamiento de la izquierda democrática es, hoy por hoy, curiosamente uniforme, aunque algunos de sus exponentes reivindiquen críticamente al marxismo (Jacques Texier, J. Bidet, G. Therborn), otros hayan abjurado de él (E. Laclau), otros hayan sido sus consecuentes contradictores (N. Bobbio) u otros por fin, hayan mantenido a su respecto, cautelosa distancia (F. Weffort).

Hay coincidencia en el abandono de muchas de las nociones que fueron núcleos centrales del marxismo-leninismo y una más o menos franca reivindicación del pensamiento crítico, que comprende, en extendido rango, desde R. Luxemburgo, A. Gramsci y K. Kozik, a K. Kautzky, E. Berstein, M. Adler y

⁸ Autor citado, “Peripecias de la modernidad”, *Imago Mundi*, Buenos Aires, 1992.

la tradición social democrática.⁹ Para mencionar las más importantes, sería preciso referirse a:

i) La idea de Marx acerca de una progresiva homogeneización de la sociedad capitalista que concentraría la riqueza en pocas manos (burguesas) y unificaría la visión del mundo y la estrategia del proletariado, en un proceso de autoconocimiento y auto transformación revolucionaria (10° tesis sobre Feuerbach/Manifiesto Comunista/Ideología Alemana).

Lejos de ello, ha sobrevenido la fragmentación de la sociedad y la emergencia de problemáticas tanto o más importantes que las que conciernen a la dialéctica capital/trabajo.

ii) La idea de centralidad de la clase trabajadora, como sujeto privilegiado de la historia y motor del cambio. Otros sectores sociales, nuevos actores, ocupan en nuestro tiempo, roles más dinámicos y transformadores.

iii) La idea de necesidad histórica, de determinación estructural del proceso de cambio y agonía socialista. Más bien, como decía A. Gramsci —que no había conocido la “Ideología Alemana”— la historia mostró que *“la única situación objetivamente revolucionaria, es la situación subjetivamente revolucionaria”*. En otros términos, que una eventual sociedad socialista, *“otra”* distinta de la sociedad capitalista es, en el mejor de los casos, una difícil y azarosa construcción humana, y no un ineluctable designio de la historia.

iv) La ecuación *“revolución/dictadura/ desaparición del Estado”*

Como afirma Konder,¹⁰ la teoría de la dictadura del proletariado, es una de las marcas más evidentes de los límites que el horizonte del siglo XIX impuso a la visión de Marx. La visión de una sociedad infinitamente menos compleja, para la que pudo hipotetizar que un breve período de cambios estructurales, drásticos e irreversibles, rígidamente implementados, conduciría a la disolución del Estado y el advenimiento del comunismo.

Una revolución subitánea, concebida como estallido y no como proceso,

⁹ Ver, por ejemplo, el excelente trabajo de Konder, Leandro, *El futuro de la filosofía de la praxis*, Rio de Janeiro, Paz y Terra, 1992. También Texier, J., “Cultura, política y radicalización democrática”, *Doxa*, Buenos Aires, 1992, núm. 7.

¹⁰ Konder, *op. cit.*, *supra*, nota 9.

que llevaría, en un par de generaciones, a la obtención de unos resultados, que hoy, sólo pueden verse como desmesurados: abrir las fronteras, terminar con las diferencias entre la ciudad y el campo y entre el trabajo manual e intelectual; suprimir la moneda y la propiedad privada; instaurar un sistema autogestionario de productores libremente asociado, etcétera.

III.3. En plan de liquidar la herencia marxista, quizás sea E. Laclau el pensador de ese origen, que sustenta una posición más radical. Virtualmente sólo quedaría en pie, como categoría de análisis productiva, la noción de “*hegemonía*” en su versión gramsciana. El marxismo ha sido un momento —en gran medida superado— de la tradición democrática de Occidente y el socialismo —dice— deberá identificarse de ahora en más, con una democratización radical de la vida económica y la regulación social, pero sin el protagonismo excluyente de una clase universal, con actores sociales limitados por la interacción y la negociación.¹¹

En esta pocas líneas se encuentran insinuadas algunas de las problemáticas que he mencionado como comunes al pensamiento de una izquierda renovada: por una parte qué contenidos, qué alcance atribuirle a la forma democrática; por la otra la reivindicación del compromiso y la interacción, es decir, la cuestión del pluralismo y, por último, los sentidos en que será posible hablar, de aquí en más, de socialismo.

En lo que sigue trataré de ordenar un debate todavía complejo y, a veces, contradictorio de tales asuntos.

III.4. Como es conocido, la cuestión sobre los contenidos de la democracia se remonta por lo menos, a la época de constitución del Estado burgués y, en la literatura que nos es más próxima, fue substanciado bajo la contradicción democracia formal-democracia sustancial.

Para la tradición liberal que va de Tocqueville a Sartori, pasando por Arendt, la democracia es un régimen de libertad que tiene unos requerimientos mínimos (voto secreto, sufragio universal, elecciones periódicas, derecho de asociación, competencia de partidos) y que, consiguientemente, establece una relación entre condiciones políticas y condiciones sociales que se refieren básicamente a la individualización y a la igualdad. Es decir, que rompe con

¹¹ Ver “Marxism Today” reportaje de Martín Jacques y más ampliamente *Hegemonía y estrategia socialista*, Siglo XX, 1987.

otros regímenes (antiguos, feudales, tradicionales) basados en relaciones clientelísticas o jerárquicas. En opinión de F. Weffort,

...si hay una revolución tocquevilleana ella es la revolución de la igualdad como tendencia universal, contrastando con situaciones en las cuales la diferencia, es el significado primario de los patrones predominantes de comportamiento...¹²

Pero esa noción de igualdad es, como define Sartori,¹³ una igualdad de "status" y de consideración entre los individuos que no involucra distinciones de clase o de riqueza. Es decir, una noción de igualdad contradictoria con la que proviene de la tradición marxista.

Hannah Arendt, ("On Revolution"), atribuye el fracaso de la Revolución Francesa, en el establecimiento de un régimen de libertad, frente al éxito alcanzado en cambio, por la Revolución Norteamericana, precisamente al hecho de que la segunda, a diferencia de la primera, no involucró la cuestión social o, dicho de otra manera, el reclamo de la igualdad económica al lado de la igualdad política. No puedo detenerme aquí, en la crítica de esta argumentación, que apoyado en Habermas, formulé en un trabajo anterior.¹⁴

Pero es claro que la posición "minimalista" de la democracia, ofrece poca consistencia. F. Weffort, que parece aceptarla, ("...por más moderada que sea, ella es suficiente para mis propósitos aquí...") brinda sin embargo, ocasión para probarlo. La noción de igualdad de Tocqueville —argumenta— expulsa de la forma democrática, las sociedades jerárquicas, pero también a aquellas de extrema o creciente desigualdad social (es decir, económica/cultural/etcétera.), como sería el caso de las "nuevas democracias".

Pero entonces, ¿cuál es el grado de "desigualación" que transmuta la naturaleza democrática de un cierto régimen político, tornándolo no democrático? ¿Cuándo la democracia definida por la consideración recíprocamente igualitaria de los individuos, zozobra ante la desconsideración "posesiva" perpetrada por unos sobre otros? Weffort, analiza en forma precisa las limitaciones de los procesos de transición democrática en América Latina, construidos, como dice: "sobre el campo minado de un apartheid social" —o como también podría denominarse, de una marginalización genocida— pero, a pesar

¹² *Qual Democracia*, San Pablo, Companhia das Letras, 1992.

¹³ Sartori, *The theory of democracy revisited*, p. 343, (citado por Weffort).

¹⁴ "Derecho y política en tiempos de la reconversión" en *Teorías jurídicas alternativas*, Buenos Aires, CEAL, 1992.

de ello, rechaza retornar a teorías deterministas de inspiración económica o sociológica, porque ellas llevarían a conclusiones pesimistas respecto de las posibilidades de éxito de la democracia política y además no permitirían aceptar, como es propio de todo determinismo —agrega— la autonomía de la cultura y de la política, de las distintas esferas de la vida social.

Como se verá enseguida, este último es el núcleo fuerte de la controversia teórica al interior del discurso en gestación, de una nueva izquierda democrática. Es decir, la cuestión de la autonomía de las esferas de la vida social. Porque en el disenso entre sus corrientes, digamos, liberales y sus corrientes, digamos, neo-marxistas, ni estas últimas pretenden regresar al determinismo (ya se ha visto), ni las primeras son, en todos los casos, más optimistas. El propio Weffort descarta la posibilidad de que la democracia política en América Latina, consiga estabilizarse en el marco de la creciente “desigualización” que la caracteriza.

En otros términos, no basta la libertad política, porque los individuos deben tener la posibilidad de expresarse y de ser considerados como tales, para que un sistema social pueda llamarse democrático y esa posibilidad de expresión, debe ser hoy materia de un reconocimiento positivo, es decir de un reconocimiento, materializado en las prácticas de la interacción social. En las sociedades complejas de fin de siglo, no sólo cancelan tal posibilidad la pobreza extrema, la enfermedad, la falta de vivienda y de alimentación, también lo hacen la aculturación, la desinformación, la incomunicación. Y a todas estas pestes están hoy sometidas las grandes masas, en todas las regiones del planeta, aun en el llamado Primer Mundo.

III.5. Por cierto que la exigencia de sustancializar la forma democrática fue desacreditada —como sostiene J. Texier—¹⁵ por la experiencia despótica del socialismo real, en la que el pueblo fue expropiado de su poder de autodeterminación. Ello obligó a la izquierda a reivindicar la democracia a secas, es decir, como valor estratégico y no meramente práctico. Sin embargo, ello no permite, según se ha visto, excluir el debate acerca de la efectiva materialización de los derechos que un sistema social promete. Así lo han entendido también, liberales progresistas como Dahrendorff, Rawls o Dahl.

Otras estrategias argumentativas, conducen también a tal conclusión: si la noción clásica de democracia como instrumento para la obtención del bien común, ha sido desplazada en la ciencia política contemporánea, por su concep-

¹⁵ *Op. cit.*, *supra* nota 9.

tualización como método para la resolución pacífica de los conflictos y el logro del consenso, según lo muestran desde Schumpeter hasta Lefort, pasando por Dahl y Przeworski; la pregunta pertinente es entonces la siguiente: ¿hay cuestiones de la vida social que deban decidirse fuera del procedimiento democrático o todas deberán estar a él sujetas?

La revolución democrática, como ha explicado Lefort, consiste en haber eliminado todo contenido trascendente, metafísico o esencialista en la institución de lo social, con lo que el sitio del poder devino un lugar vacío, carente de garantía externa, carente también, en consecuencia, de un libreto definitivo.¹⁶

El pensamiento neoconservador ha pretendido atribuirle ese libreto definitivo al naturalizar toda decisión social, acerca de la producción y la distribución, expulsándola del campo de la deliberación y el consenso.

Pero, como dice Texier, el Estado Gendarme atribuyó autonomía a la esfera económica, después de haber estructurado legalmente la posición subalterna de la fuerza de trabajo como mercancía. En otros términos, no es posible pensar la contractualidad interindividual (mercado) sin la contractualidad central (Estado) constituida en garante coactiva de los pactos (conf. J. Bidet).

La pretendida autonomía, carece de fundamento lógico y fáctico. Las relaciones de producción son también relaciones de dominación, de subordinación y de subalternidad, es decir, relaciones paradigmáticamente políticas.

El neoconservadurismo —sostiene Texier— ha sido un programa de deconstrucción de todo lo que el *welfare-state* puso en cuestión, en materia de autonomía de la esfera económica. Por eso, el proyecto de una democracia radicalizada —que él ve como modelo de un socialismo de nuevo tipo— tiene entre otras tareas, la de enterrar esa idea de autonomía, extendiendo la intervención societal a la esfera económica y también a otras, que conciernen a la especie toda, como las relativas a la cuestión ambiental, la manipulación genética, la vida artificial, etcétera.

La discusión, así, sobre democracia formal-substancial parece haber sufrido un giro positivo y situarse hoy en día en la temática de una ampliación permanente de las instancias de intervención crítica, racional y volitiva de los seres humanos en la construcción de sus mutables, históricos y perfectibles horizontes de socialidad.

¹⁶ Tratamos más ampliamente el punto en un trabajo realizado con Alicia Ruiz: "El papel del derecho en la transición democrática" parcialmente publicado en *Materiales para una teoría crítica del derecho*, Buenos Aires, Abeledo Perrot, 1992.

III.6. Otras cuestiones podrían aún analizarse en relación con la “*forma democrática*”, como por ejemplo las que remiten a las oposiciones democracia representativa-democracia directa o democracia gobernante-democracia gobernada. Atenta la naturaleza de este trabajo y los límites a los que está sometido, ello no es aquí posible. Por otro lado, la izquierda democrática,¹⁷ ha alcanzado expresiva coincidencia en la consideración de esas oposiciones.

Dicho lo cual, me veo moralmente compelido a recordar, que buena parte de las cuestiones sobre las que existe hoy la coincidencia aludida, eran, veinte años atrás, motivo de agrias disputas al interior del pensamiento socialista.

Y que, por entonces, es decir, cuando el socialismo del Este parecía más cerca del éxito que del fracaso en la Guerra Fría, algunos pocos pensadores, tuvieron no sólo la clarividencia sino también el coraje intelectual y a veces personal, para formular las críticas que se constituirían, más tarde, en certera prognosis. Me refiero en particular a un socialista liberal como Norberto Bobbio cuyos debates con algunos de los intelectuales más relevantes del PCI, como Pietro Ingrao, Nicola Badaloni, Umberto Cerroni a Biagio De Giovanni, merecen hoy ser revisitados. Y me refiero también a un marxista heterodoxo, como Nikos Poulantzas, cuyo libro póstumo, “*Estado, poder y socialismo*” sigue siendo un insustituible alegato contra el estatalismo, tanto de la socialdemocracia cuanto del socialismo real, y en su crítica a la concepción leninista del Estado y el Poder un talentoso diseño de un socialismo alternativo, democrático y autogestionario.

III.7. Al inicio de este capítulo me detuve en la sucinta mención de las cuestiones que aparecen hoy, como superadas, en la concepción de la izquierda democrática.

Para concluir, señalaré algunas que son comunes a todos los matices de este pensamiento.

En principio se trata de una izquierda más práctica que, perdidas sus certezas ontológicas, se muestra menos excitada por las controversias semánticas y más dispuesta a luchar por programas que intenten resolver los grandes problemas de la humanidad y eviten las catástrofes.

¹⁷ Comprendo que la denominación que empleo es vaga y ambigua, pero no tengo otra mejor. Con la finalidad de introducir alguna precisión diré que cuanto menos, refiere a todos los autores que cito en la bibliografía general.

Así, para Texier o para Therborn frente al dogmatismo de la hora, lo esencial no es el nombre desde donde se anima el proyecto (socialista u otro) sino las finalidades que él mismo contempla.

La izquierda democrática reivindica el papel de los nuevos movimientos sociales y las oportunidades que se abren a partir de la compatibilidad de las demandas que ellos encarnan. Subrayan los positivos progresos del pensamiento liberal expresado, entre otros, por Rawls, Dahrendorff o Dahl.

Admite la crisis de la planificación central y propone modelos que compatibilizan Estado y mercado.¹⁸

Reconoce el pluralismo como valor constitutivo de una democracia radicalizada, superando la dialéctica individualismo-colectivismo. Bobbio sostiene que toda la historia humana es un continuo de tentativas y contra tentativas que parece quitarle razón a quienes pretenden interpretarla con la lógica del tercero excluido (socialismo o barbarie-capitalismo o "gulag"). En verdad —sostiene— la historia procede por compromisos, aun cuando no todos los compromisos sean históricos.¹⁹

Por su parte E. Laclau afirma que:

...entre la lógica de la completa identidad y la de la pura diferencia, la experiencia de la democracia debe consistir en el reconocimiento de la multiplicidad de las lógicas sociales, tanto como en la necesidad de su articulación. Pero esta última debe ser constantemente recreada y renegociada...²⁰

Las ideas acerca del funcionamiento de la sociedad, dice Texier no son demasiadas. El mundo actual se caracteriza por la complejidad y la interdependencia. En consecuencia, se impone el compromiso, la cooperación, la negociación.

Y concluye Weffort:

...si el socialismo conquista un nuevo sentido será porque los socialistas fueron capaces al fin de reconocer la existencia y legitimidad de sus adversarios, o sea de reconocer que el socialismo en cualquier forma imaginable es sólo posibilidad y no necesidad.²¹

¹⁸ Explícitamente, en Weffort, Texier, Therborn, Laclau, Bobbio, etcétera.

¹⁹ *As ideologías y el poder en crisis*, Sao Paulo, Polis, 1990.

²⁰ *Op. cit.*, supra nota 10, p. 212.

²¹ *Ibidem*.

Por último, la izquierda democrática coincide también en la inclusión de ciertas problemáticas de nuevo tipo en el diseño de un proyecto alternativo para las sociedades del siglo que viene. Por ejemplo:

i) La necesidad de nuevas formas socio-políticas adaptadas a los fenómenos de la mundialización, a los flujos migratorios, a la interdependencia, a la internacionalización de los intercambios. Formas inter o supra estatales, regionales, etcétera.

ii) El reconocimiento de nuevas dimensiones de la socialidad al lado de las de clase, credo, religión o sexo, como son las que comprenden a los jóvenes y los ancianos.

iii) Los límites a la acumulación productivo-destructiva y la protección del eco-sistema; la ocupación y uso racionales y no predatorios del espacio, del agua, de los recursos naturales y animales.

iv) Y, por último, entre muchas otras que podrían incluirse aquí, una idea renovada acerca de las prácticas políticas, como prácticas de transformación. No se trata ya de una especialización "*militante*" sino más bien de la política como cultura, como interacción humana, que se refleja necesariamente en ciertos aparatos de Estado, pero que también discurre de manera fundante por los intersticios de toda relación societal, de toda "*acción comunicativa*".

III.8. La izquierda democrática de la que he hablado es un proyecto. En América Latina, por ejemplo, procura constituirse en el accionar de agrupamientos aun heterogéneos empeñados, a un mismo tiempo, en confrontar los modelos hegemónicos y desprenderse de sus viejos anclajes, en ganar poder e imaginar nuevos instrumentos.

Procura asimismo constituirse en el debate doctrinario que, como toda práctica teórica es también una práctica política.

Cuando al principio de este trabajo criticaba el desencanto nihilista en que recayeron amplios sectores progresistas, a partir de lo que he llamado "*efecto 89*", no es porque ignore la naturaleza y la profundidad de la crisis de época por la que atravesamos, sino porque, en todo caso, no me parece válido invertir la fórmula gramsciana y aceptar sin más, una especie de pesimismo de la voluntad, que frustra e inmoviliza.

Es cierto que las democracias que tenemos son débiles, injustas y corrompidas. Pero, a través de ellas, hemos podido llevar adelante procesos que, unos

pocos años atrás, parecían definitivamente imposibles. El juicio y condena de las juntas militares en la Argentina, más allá de las “*obediencias debidas*” y los indultos, ha tenido un incalculable valor ejemplarizador y, supongo, cerrado un ciclo de impunidad en la historia de los golpes de estado en América Latina.

El *impeachment* en Brasil, desalojó del ejercicio del poder a través de impecables procedimientos constitucionales, a un presidente corrupto que había sido apoyado por los sectores más concentrados del *establishment*, gracias a las movilizaciones populares, al papel del Parlamento y el libre juego de los instrumentos institucionales.

No ignoro que padecemos graves limitaciones económicas y que más de setenta millones de personas en Latinoamérica y el Caribe viven en la pobreza absoluta. Pero, como recuerda Thurborn —apoyado en datos del Banco Mundial— para sacarlos de la miseria no se necesita más que una redistribución del uno por ciento del consumo total de la región.²²

En fin, me parece que los hombres tienen aun la posibilidad de conseguir progresos y avances en la organización de la vida social y en los criterios de libertad e igualdad que deberán fundamentarla.

²² “World Development Report”, New York, Oxford University Press, 1990, p. 29. Dice el autor (*op. cit.*): “El límite de la pobreza es definida como 375 dólares (recalculados en equivalente de compra) *per cápita* al año, para 1985. La situación es peor en 1990, pero el resultado del cálculo no cambiaría mucho”, (p. 36).